

—¡Y cómo cruje el tallo al desgarrarse del parral!—suspira Dolores a tiempo que su madre y su hermana transponen la puerta y llegan al jardín.

Julia está pálida. En sus pupilas brillan resplandores de angustia; negras ojeras bordean sus párpados; su pecho va y viene perezoso.

—Trabajo me costó dar con ella—dice doña Mercedes.—En el último rincón estaba metida.

—¿Por qué tan oculta?—pregunta Gundemaro.

—¡Qué sé yo!... Ganas de estar sola... ¿Conque el adiós último?...—murmura dirigiéndose a todos, pero clavando su mirar en Alberto.

—¡El último!...—responde éste como un eco de angustia.

Y de pronto, luego de un minuto en que pasa toda una vida por su rostro, Julia, aprovechando la distracción de los demás, se dirige hacia Alberto, y exclama:

—¡No quiero que te vayas!... Vuelve. Cuando mi madre se recoja, estaré junto a aquella puerta.



CAPITULO XIV

DEUE allí, bajo el centenario nogal que apretaba sus ramas para resguardarlos de la lluvia, donde la condujo, casi en brazos, desde la puerta del jardín. Sobre el banco de piedra se dejaron caer, silenciosos, meditabundos, mirándose en la obscuridad.

La lluvia caía a menudo, persistente como una cortina de hielo, el viento la empujaba contra hojas y cristales y hierbas. La negrura era grande; absoluto el silencio; pavorosa la soledad.

Fué Julia quien habló; resumiendo

en breves palabras sus horribles sufrimientos de un mes, su dolor infinito de la última hora; su rebelión contra todo, cuando vió que le iba a perder para siempre.

—No quiero separarme de ti. No quiero perderte. Dispón del porvenir mío. En tus manos está.

Así habló Julia rompiendo el silencio de la noche.

—¡Julia! — respondió Alberto apretando sus manos.

Ella siguió:

—Tú me lo dijiste. No quieres, no admites, no respetas más lazos entre los amantes que los del amor. "Sólo así puedo y necesito ser querido", dijiste. No; no me has engañado. Franco y leal fuiste desde el primer momento.

—Porque franco y leal es este amor mío. Así como repugno lazos de obligación, repugno la doblez y el engaño. De ellos se valen otros hombres para hacer a una mujer suya y abandonarla una vez satisfecha su vanidad o su capricho. De ello pude valerme yo. Nunca lo pensé; ni por

un instante quise con dobleces y engaños ganarte para mí. Con ninguna lo hiciera. Contigo... no es que no quiera, es que no puedo. Es que mi alma necesita la tuya; es que al ofrecértela la ofrezco para siempre y por siempre.

—Alberto...

—Juzga de mis ideas como te parezca juzgarlas; pero no dudes de la lealtad de mi amor. Indigna de mí y de ti fuera la duda. Ahí tienes la angustia, el martirio que me asesinaba desde hace un mes, desde nuestra última entrevista. ¿Es que duda Julia de mi amor? me preguntaba a todas horas. Y aún había otra pregunta más cruel: esta: ¿Es que duda Julia del amor suyo para mí?

—¿Dudar de mi amor hacia ti? ¡Dudar! Nunca. Acaso ignorarlo en toda su plenitud, en toda su grandeza.

El alma de Julia se abre de par en par ante el alma de Alberto, en palabras de verdad y pasión.

—Mira—dice la joven.—Ha sido poco a poco, hora por hora como has ido apoderándote de mí. Ello empezó

desde que llegaste, desde el primer segundo que mis ojos y tus ojos se hallaron. En el transcurso de estos cuatro meses no ha habido una sola acción, una sola palabra tuya que no fueran para cautivar mi alma, para hacerla esclava de tus decisiones. Era un mundo nuevo el que venía a mí contigo. Eras tú el alguien de aquella cita con lo desconocido a que yo acudía por los montes donde se entrelazan las hierbas, por la playa donde las olas se acarician. Aquella noche, a los reflejos de la luna que transparentaba una nube, cuando oculté mi cabeza en tu hombro, cuando me diste el primero, el único beso de nuestro amor, cuando dije ¡Te amo! fuí yo toda entera la que se entregó a ti. Toda me había dado en el beso aquel, y lo ignoraba. Hace una hora lo ignoraba aún.

—Lo ignoraba—repite, deteniendo la interrupción de Alberto, para continuar aquel monólogo de amor, aquel respirar ancho de su alma por largo tiempo prisionera y enmudecida.—Lo ignoraba; bien lo puedes

crear. Esta tarde, antes de venir tú, encerrada en mi habitación, me decía a mí propia: "Verdad que le quiero; que el amor suyo constituye mi felicidad. Pero renunciar por ese amor a la consideración de las gentes, a la estimación de mi hermana, ¡a la de mi madre! ¡poner en bocas maldicientes el nombre de los míos! Saber que mi madre llorará mucho, ¡mucho! y dejar que corran sus lágrimas mientras yo voy a lo desconocido, con un hombre a quien apenas si conozco, es una insensatez; resulta sacrificio superior a mis fuerzas; no debo hacerlo. No lo haré." Cuando madre vino en mi busca; cuando salí a tu encuentro, salía con la firme resolución de decirte adiós para siempre. Y te ví, y ví que para siempre iba a perder tu amor, y todas mis resoluciones cayeron por tierra. En vez de murmurar ¡Adiós para siempre!, murmuré: ¡Ven, Alberto! ¡Y ya ves, aquí estoy para ir donde tu voluntad me lleve!

Van aquellas frases ensanchándose en las tinieblas, adquiriendo en

la soledad tonos de oración; cuchicheo suyo es la lluvia golpeando suave en las hojas, gimiendo contra las vidrieras; deshaciéndose contra la tierra en neblinas de incienso.

Alberto va recogiendo una a una aquellas palabras, aquellas divinas estrofas de amor entonadas por Julia y, cuando ella termina, cuando ruborosa y temblante esconde el rostro entre las manos, apártalas él con las suyas y responde, poniendo todas las lealtades de su alma en la voz:

—Y yo, Julia, a cambio del amor tuyo, te ofrezco la seguridad de que serás compañera mía en este viaje de la vida. Te juro que en mi existencia de artista, de peleador, de hombre libre, capaz de bastarse a sí propio, te haré mi ángel de consuelo y de paz. No, Julia, no iré a ti únicamente en la hora de goces y de triunfos. A ti iré con el alma abierta de par en par en otras horas más solemnes y más augustas: en las horas de dolor y de vencimiento. No receles que el amor nuestro, el lazo que esta noche libremente forma-

mos llegue a romperse nunca. Matan el amor el cansancio o la infidelidad. Es tu amor demasiado grande para ser infiel; sobrado poderoso es el mío para que el cansancio lo destruya. ¿Verdad que vienes a mí porque estás segura de que mis palabras responden a mis sentimientos?

—Por eso ¿y a qué no confesarte este egoísmo de mi espíritu? porque me aterra quedar sola, en este ambiente ruín, después de haberte conocido, después de haber vivido al lado tuyo, durante cuatro meses, el ambiente que necesita respirar mi alma. Sí, Alberto, me aterra. Antes de venir tú eran muy tristes los minutos de mi existencia; crueles los días; espantosos los años. Mi imaginación, educada para otros horizontes, sufría mucho, mucho, en esta cárcel imbécil de la aldea. Soñar con el amor que tú realizas era mi exclusiva ventura. Pero creía que tales amores no existían en parte alguna; que aquí y fuera de aquí, eran sueños, nada más que sueños. Ahora ya no puedo creerlo. Ahora

no tengo ni la alegría de negar la existencia de esos amores porque te he amado a ti, porque me amas tú. ¡Separarme de ti!... ¡Perderte!... Mira: la lluvia cae; el aire sopla frío; el cielo está gris. Más grises y más frías son aquí las almas de las criaturas. ¡Llévame, Alberto! ¡Llévame!...

Y Julia, temblorosa, con ademán de náufrago, clava sus manos en el brazo de Alberto y se aprieta contra su pecho en escalofrío de terror.

—Sí—dice él.—Te llevaré. Te haré compañera de mi porvenir. Aguarda. El tiempo necesario para disponer nuestro viaje. Media hora. Dispón el tuyo. Volveré por ti, Julia mía.

Y Alberto levanta a Julia entre sus brazos; luego la deposita en tierra; coge con las suyas sus manos y con voz grave, llena de lealtad, habla de este modo:

—Por el Dios alma de la naturaleza en quien yo creo, juro que mi amor y mis promesas son firmes. Ante la naturaleza, que es mi tem-

plo; ante mi corazón, que debe ser altar, te tomo por esposa.

La neblina que sube como incienso desde la tierra hacia el espacio, se hace más densa, envolviendo las dos figuras. La oración de la lluvia sigue sonando entre las hojas de los árboles.

© © ©

UNIVERSIDAD DE BUENO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1025 MONTERREY, MEXICO



CAPITULO XV

EN el cuarto donde guarda la madre las reliquias del muerto, entra Julia antes de partir.

A la pobre luz de una lamparilla, que arde siempre como ante una imagen al pie del retrato, va recorriendo con los ojos aquellos objetos queridos, diciéndoles adiós, interrogándoles tal vez.

Luego toma asiento frente al retrato, clava en él sus ojos y oculta en sus manos el rostro.

La lluvia cae fuerte contra los cristales. Su monótono golpeteo evoca el vivir invernal de la aldea y

UNIVERSIDAD DE CHILE
BIBLIOTECA CENTRAL
VALPARAISO
1934

pasan, como en visión, por el cerebro de la joven, los tristes días aldeanos; el aislamiento personal suyo; el desdén envidioso de las ricachonas; la codicia carnal de los hombres acechándola, para comprar su miseria, para ofrecerla un puñado de monedas a cambio de caricias. Pasa la imagen del sultán aldeano acariciando a título paternal sus mejillas; pasa la imagen de Gertrudis abofeteándola con sus lujos; pasan las figuras de Florentina y Dorotea, compendio de las juventudes aldeanas que se agotan y se concluyen, una haciendo del mocerío ridícula caricatura, otra tomando la religión en calidad de refugio. Todo el vivir aldeano, todo el futuro suyo aparece claro y horrible ante los ojos de la joven, y un escalofrío de asco estremece su cuerpo.

—No ¡Nunca!—murmura.—Huir de todo esto. Volar donde mi naturaleza espiritual me llama, es en mí necesidad, casi obligación. ¿Verdad, padre, que debo volver a mi mundo, a la vida para que me iniciaste?

¡Volver a pelearla, a compartirla con un hombre honrado que me ha hecho esposa suya! ¡Esposa! Para sus creencias que por ser las suyas, son las mías, lo soy!...

Los ojos salientes del muerto parecen responder con un ¡Anda! a las preguntas de la joven.

Fué la última duda. Un abrigo y una toquilla sobre los hombros, un último adiós al retrato y, a oscuras, en silencio atraviesa un pasillo, llega al zaguán y abre la puerta de la casa.

Ya sale de ella cuando suena quedadamente, muy quedadamente a espaldas suyas una voz:

—¿Te vas?—dice la voz.

—¡Tú! — exclama Julia sorprendida.

—Yo. Te he oído; he adivinado tus propósitos y vengo tras de ti.

Hay una pequeña pausa. Después continúa Dolores:

—¿Vas con él, hermana? ...

—Sí—responde Julia bravamente.

—Me voy. Y nadie, enténdelo bien, nadie será capaz de detenerme.

—No seré yo quien lo haga ape-

lando al recurso cruel de turbar el último sueño tranquilo de la madre.

Y Dolores, atrayéndose hacia sí a su hermana, haciéndola sentar junto a ella en el banco, murmura:

—¡La madre! ¿A qué llamarla? ¿No bastará que te la recuerde?

—No.

—¿Tan resuelta te hallas que ni por mis ruegos de esta noche, ni por sus lágrimas de mañana, desistirás, Julia?

—No, Dolores. Le amo y necesito de su amor. Además, me ahogo aquí. Esta atmósfera de la aldea concluiría por matarme o por envilecerme. ¡No más! ¡No más! No podría. ¡Sé que no podría!... Os causo menos daño yéndome que quedándome aquí. Quedarme fuera mi condenación y vuestro martirio. Es mejor que me vaya.

—¿Dónde vas a ir, hermana?

—Donde me lleve él. Donde soñé estar siempre, siempre, desde que la juventud dió su primer grito en mi corazón y en mis nervios. A disfrutar el ansia de amar que hay en

mi espíritu. A romper esta nube que ennegrece mi ser todo entero. A recibir el sol cara a cara.

Julia dice esto levantándose, irguiéndose, en plena rebelión de su alma que, capaz para la libertad, para el amor, para la lucha noble y sagrada de la vida, rompe la cadena que afianza su esclavitud.

Dolores suspira. ¿Es el suspiro suyo admiración hacia el valor que ella no posee? ¿Es pena por el porvenir incierto de Julia? ¿Quién lo puede saber? Cierto es que vuelve a estrechar a Julia entre sus brazos para murmurar en su oído:

—¿No piensas en lo que puede reservarte el porvenir a que ciega-mente te arrojas?

—No lo quiero pensar.

—¡Hermana!...

—Tengo confianza en él y en mí propia.

—Julia...

—¿Qué vas a decir?... Que acaso me equivoque; que acaso detrás de sus palabras y de sus juramentos se oculta la perfidia; que me subirá

al cielo para dejarme caer desde él. No. Conoces mal a Alberto; Alberto es incapaz de infamia.

—¿Y si fuera como yo digo?

—¡Si fuera así!... ¡Si me engañara!... ¡Si luego de subirme a ese cielo de amor, me empujase y me hiciera caer!...

—¡Sería horrible!

—¡Muy horrible! Pero es más horrible no disfrutar del cielo nunca. Subir al cielo y disfrutarlo, bien vale el dolor de caer.

Hermosa está Julia al pronunciar estas palabras, al proferir este grito de hembra que proclama el culto de la libertad y el amor. Hermosa está con sus ojos de sombras azules relampagueando energías, con su boca abierta y palpitante, con sus arre-molinados cabellos sobre la frente, con su busto praxitélico erguido sobre el talle firme.

Dolores, encogida, empequeñecida, temblando como criatura de mansedumbre que es, sólo puede murmurar estas palabras pronunciadas en súplica:

—¡Hermana!...

—No insistas—sigue Julia,—porque todo sería inútil. ¿Hago bien? ¿Hago mal? Todavía lo ignoro. ¿Soy buena? ¿Soy mala? Para mi, buena soy. Para ti, para madre, para los demás, acaso sea mala. No importa. Algo hay superior a mi voluntad que me empuja. El amor. Deja que me lleve este amor donde sea. Deja que siga mi destino.

Alberto aparece en el desquiciado portillo. Al aproximarse y ver juntas a Dolores y Julia hace un ademán de recelo.

—No temas—dice Julia avanzando hacia él.—No temas que retroceda yo. Vé. Aguárdame. Te sigo,

Alberto sale. Julia vuelve al sitio donde llora su hermana y cogiéndola entre sus brazos, atrayéndola a sí, metiendo su voz, hecha sollozos, por su oído, exclama:

—¡Perdóname!... Dile a nuestra madre que perdone!

—¡Julia!... ¡Julia!...

—Dame muchos besos. ¡Muchos!... ¡El último!—repite, abrazando a Do-

lores con amorosa furia. Ya se aparta de ella. Ya llega a la entrada del muro, ya se dispone a salvar el portillo, cuando vuelve donde está Dolores, y torna a apretarla con sus brazos, y otro beso largo, muy largo va de sus labios a los de ella.

—Este no es para ti—dice Julia.—
¡Es para madre!... Apriétale muy fuerte en la boca cuando se lo des.

—¡Oye!

—No te puedo oír. Mi alma y mis ojos necesitan otra atmósfera y otra luz ¿Oyes?... ¡Qué monótona cae la lluvia!... Aquí todo es gris en el paisaje y en las almas.

Julia sale por el portillo, rápida, en fuga, sin volver la cabeza.

Dolores se desploma contra el banco que entoldan las hojas del nogal; su cuerpo se rinde, su cabeza se dobla como un capullo de flor, tronchado por el tallo. ...

La lluvia sigue cayendo lenta y monótona sobre las hojas y las hierbas.

Tac... Tac... Tac...

FIN